

Unamuno expresa su opinión sobre la guerra de Marruecos

El tenorismo frente a frente del quijotismo y una consecuencia de la neutralidad observada durante la guerra europea.

I Descubriendo el fondo

Para LA NACION

SALAMANCA, septiembre de 1921.

Durante la gran Guerra de las Naciones, la que estalló a fines de julio de 1914, España permaneció al parecer neutral. Es decir, el reino de España, la España oficial, pareció guardar neutralidad o por lo menos cubrió, mejor o peor, las apariencias de neutralidad, pero la Nación, la España popular, se dividió en dos bandos, el de los germanófilos y el de los aliadófilos, y aquí hubo una verdadera guerra civil, aunque de pluma y de lengua, por escrito y de palabra. Pero esta guerra civil, esta contienda de opiniones y de sentimientos, más bien de pasiones y de instintos, no fué sino la más nueva forma que tomó nuestra vieja contienda, la que llena nuestra historia política toda del siglo XIX. Pronto se advirtió, en efecto, que la guerra europea no era aquí sino un pretexto para renovar el viejo pleito del liberalismo español. Y muchos que se creían liberales descubrieron que no lo eran y viceversa.

Entonces, a partir de agosto de 1914 se pudo ver cuán españoles, cuán profundamente españoles, cuán patriotas de España habían sido los afrancesados de fines del siglo XVIII y los de 1812 y cuán profundamente español, cuán patriota de España fué aquel desgraciado D. Rafael del Riego, vilmente asesinado en 1823 y a quien se atribuye la frase de: "Sálvese los principios y perezcan las colonias". Lo que equivale a decir: "Sálvese la justicia y húndase el Imperio". Y he aquí por que en 1914 los antiliberales españoles se pronunciaron por el Imperio y en contra de la justicia. A ésta, a la justicia, ni la reconocían, cuando no se burlaban de ella. "Por la fuerza" era su lema.

Entre los que se pronunciaron por los Imperios Centrales había no pocos, y sobre todo los que se creían iniciados en la alta política internacional, que esperaban que el triunfo de esos dos Imperios, el de Alemania y el de Austria-Hungría, sin contar sus anejos el de Turquía y el de Bulgaria, traería consigo la reconstitución de un nuevo Imperio, el Ibérico, constituido por la Península Ibérica toda, Gibraltar inclusive, y Marruecos, incluso Tánger. Es al que nosotros en nuestras campañas de prensa le llamamos aquí el ex futuro viceImperio Ibérico. El máximo y apocalíptico profeta tradicionalista Sr. Vázquez de Mella hizo más de una vez alusión a ese ensueño. ¿En-sueño o promesa?

Corrióse durante la guerra la especie de que los aliados nos pedían que guarneciéramos el norte de África y vigiláramos sus costas así como las nuestras, y aunque la especie fuera infundada sirvió para que aquí se dijese: "¿Y cómo se nos va a pagar eso?" Y si se hubiera dicho—es un suponer—que nos lo pagarían con Gibraltar, Tánger y lo demás, es casi seguro que los objetantes habrían replicado: "¡Bah! ¡No tienen el oso y ya venden la piel!". Porque aquí se estaba tan seguro del triunfo de los ejércitos imperiales de Alemania y de Austria-Hungría que se habría considerado una insigne torpeza poner en peligro la presunta futura constitución del vice-Imperio Ibérico por un quebrantamiento de la neutralidad a todo trance y costa. Y así es cómo los submarinos alemanes y austríacos pudieron maniobrar a su antojo en nuestras costas. No había modo de impedirlo.

Tres meses antes del definitivo derrumbamiento del frente alemán, tres meses antes del armisticio, cuando ya se veía lo que habría de venir, en las más altas esferas de la

gobernación de España se creía en el triunfo de Alemania y se obraba en consecuencia. Y se esperaba recibir Gibraltar y Tánger y mucho más de mano del vencedor.

Y vino el derrumbamiento del frente germánico, la pérdida de la puerta de Ludendorff y con ese derrumbamiento vino el de las tenaces esperanzas de nuestra neutralidad a todo trance y costa, de la que se llamó neutralidad central. Y lo peor fué que empezó a ser conocido el juego pasado. Y así es cómo al liquidarse la guerra europea empezó a incubarse la nuestra. Lo que no nos podía ya dar por mano de vencedor el kaiser, o parte de ello al menos, había que tomarlo de otro modo.

Empezó a agitarse lo que se llamó la cuestión de Tánger, la de su protectorado. Y un día nos encontramos con que en esa ciudad africana hubo una pequeña algarada con pretexto de una almadraba. Había que provocar el pleito de Tánger. Lo cual ocasionó un viaje diplomático, aunque de diplomacia irregular, a Londres y a París y luego la desgraciada sorpresa del general Fernández Silvestre y el desastre de Annual. Ese general iba, al parecer, a Alhucemas, de donde había ofrecido enviar una parte de victoria el día de Santiago Matamoros (25 de julio), pero iba a la conquista del protectorado de Tánger, iba por algo de lo que no se había logrado recibir de mano de un antaño supuesto futuro vencedor.

Y ahora se le presenta a España el pavoroso problema de Marruecos y de la obra que allí podemos hacer o no podemos hacerla y si ha de ser una obra militar y monárquica, o ha de ser civil y nacional, o no ha de ser nada. Y se da el caso curioso y digno de atención detenida de que los partidarios más decididos de una acción enérgica en Marruecos, de una verdadera conquista, son los mismos que después de agosto de 1914 se pronunciaron por el imperialismo tudesco y que los que propugnan el abandono de la empresa africana—si no es posible civilizarla y nacionalizarla—son los que se pronunciaron por la democracia.

¡No es la tradicional guerra al moro, no! Esto ya no lo siente aquí nadie. Ni en 1859, cuando aquella romántica guerra de Africa que hizo sobre todo, al escribirla, D. Pedro Antonio de Alarcón, ni entonces se sentía ya la guerra al moro. Es otra cosa lo que se siente ahora por los bellicosos; es el desquite de la derrota de la neutralidad a todo trance y costa. Porque los sostenedores de aquella neutralidad saben perfectamente que fracasó.

Al mismo tiempo hay ya por aquí quienes empiezan a comprender por qué los portugueses cuando se les echaba en cara la locura de ir a la guerra contestaban que iban a defender su independencia. Podría haber en ello sobra de recelo y acaso algo de manía persecutoria, pero los que allí, en Portugal, dirigían los destinos públicos tenían, sobre todo desde 1911, motivos más que suficientes para desconfiar. Y no de España, es decir, no de la Nación española precisamente.

El lector algo avisado y que esté al corriente de la historia europea del día podrá por lo que dejamos dicho colegir cuál es a nuestro entender y conforme a nuestros conocimientos el estado básico de lo que estamos aquí pasando. Y que en otro respecto, no es sino una nueva escena de la revolución española, que viene desde 1812, que se acentuó en 1868, luego en 1898, después en 1914 y que mostró su cara en 1917, con la sublevación militar del 10. de julio y con la huelga general de agosto. Desde entonces los sucesos se vienen precipitando.

Ahora se habla aquí de responsabilidades. ¿Responsabilidades? ¿El esfuerzo que han gastado nuestros gobiernos en mantener un régimen de clandestinidad y en que la verdad de la historia no se trasluciese ni aquí, en España, ni fuera de aquí? Pero la ficción no puede ser duradera. Y el tiempo se encargará de demostrar cuán de verdad histórico, cuán históricamente verdadero es lo que acabamos de exponerte, lector.

II La filosofía del carnero

Schopenhauer, el voluntarista y pesimista—lo uno se sigue a lo otro—sentía una gran admiración hacia nosotros los españoles. Admiración que aquí nos puede satisfacer a muchos y que está en relación con el hecho de que la palabra castellana "desesperado" haya trascendido a otras lenguas, entre ellas, el inglés. Para Schopenhauer el pueblo español, el de "la vida es sueño", el que produjo a Miguel Molinos, el quietista, era el pueblo de la desesperación resignada y del nihilismo. Porque la voluntad fácilmente cambia en "voluntad", en no querer. Añádase que Amiel en su "Diario" emplea la palabra española "nada" y que Nietzsche decía que el español ha osado con exceso. Y acaso con vacío.

Sabido es, además, en qué órgano corpóreo ponía Schopenhauer el foco de la voluntad—de la voluntad ciega de vivir—así como en el cerebro el de la inteligencia y cómo para sostener esa su doctrina se apoyaba en frases y dichos populares españoles. Y el hecho es que acaso en ninguna parte se abusa tanto como aquí, en España, de expresiones, ordinariamente bastante groseras, en que se pone de manifiesto la obsesión de la sexualidad. Y a expensas de la intelectualidad. Todo lo cual podría decirse que constituye la filosofía del carnero.

"Es muy hombre", en efecto, es una frase que aquí suele querer decir "es muy macho". Y un macho—o sea varón—muy macho puede ser muy poco hombre, sobre todo si anda escaso de mollera. El hombre lo es por el entendimiento. Y en este sentido cabe asegurar que Don Juan Tenorio, el tan castizo Don Juan, no era hombre muy completo, ya que su entendimiento fué de bien baja estofa.

Pero este culto al tenorio "¡Qué macho!" Don Juan es mucho más popular que Don Quijote. Y hasta hay quienes a éste, al loco sublime, ni le reconocen hombría fundados en que según parece murió virgen y no fueron sino ideales sus amores con Dulcinea. El terrorismo es, en cierto modo, la antítesis del quijotismo. Y no ha sido Don Quijote, como decía lord Byron, sino Don Juan Tenorio el que ha perdido a España.

Esto se ve más claro cuando llegan días de prueba espiritual para la vieja España, cuando se ve enredada en una guerra, acaso absurda y que puede con inteligencia evitarse y que es cuando más se oye aquellas expresiones que tanto satisfacían a Schopenhauer. Entonces se repite la consabida frase del general Prim respecto a lo que hace falta para hacer guerra de guerrillas. Y entonces se pone de manifiesto cierto horror a la inteligencia.

Y, sin embargo, no creemos que Don Juan Tenorio dirigiese una campaña mejor que la dirigió aquel fraile asceta y continente que fué el cardenal Ximénez de Cisneros o en Portugal el condestable Nun'alvares Pereira que acabó en un convento. Sería tan peligroso confiar la dirección de una campaña a Don Juan Tenorio como les fué a los israelitas fiarse de Sansón. A los Sansones les vencen las Dalilas.

A propósito de lo cual hemos de recordar aquí lo que dejó dicho Aristóteles en su "Política" (Lib. II. c. 9) de que los pueblos en que prevalece la casta militar y guerrera son pueblos dominados por las mujeres y recordaba el mito de Marte sujeto a Venus, haciendo notar la influencia de la mujer en el Gobierno de España. Y más oien que de la mujer diremos que les fué a los israelitas de alquiler la que les maneja.

No sabe bien el lector los esfuerzos que estamos haciendo para insinuar y sugerir más que declarar, y la amargura que nos hincha el ánimo al

escribir estas líneas mucho más dolorosas de lo que a primera vista parecen. Pero es que así, con la verdad, aunque pudorosamente velada, creemos servir a la causa de nuestra patria.

¡Qué días más amargos hemos pasado y seguimos pasando, amigos argentinos, y sobre todo, vosotros, los españoles que leéis estas líneas lejos de España! Pero sabed que aquí se viene diciendo y repitiendo que hace falta un hombre, y no de seso, y que al decirlo se quiere decir que hace falta un macho. Y saber que el trágico espectáculo de la guerra de las naciones que contemplamos desde la barrera, como una corrida de toros, y le contemplamos con el mismo sentimiento que una corrida de toros, sirvió para corroborar la filosofía del carnero y el odio a la inteligencia. Que es el odio a la democracia, a la libertad y a la justicia.

Nuestros lectores habrán oído hablar de nuestras famosas Juntas de Defensa—más bien de ofensa—militares y de su actuación en la política española. Pero lo que acaso ignoran es que la filosofía—por lo común instintiva y hasta inconsciente—de los junteros era la filosofía del carnero, una filosofía medular y no cerebral. De donde ha resultado que el último desastre, el de Marruecos, se debió al juego de azar, a la timba, y a las... Dalilas. Dalilas de alquiler.

¡Había que oír a los junteros hablar de esos a quienes nos motejan de "intelectuales"! La intelectualidad es su enemigo. ¿La intelectualidad? No, sino más bien la inteligencia. "Tenemos que acabar con las Universidades y los Institutos" le oímos a un juntero. Y luego se puso a hablar de eso que llaman disciplina y que nada tiene que ver con la verdadera disciplina, la que supone el discípulo y el "discere", o sea el aprender.

Y ahora, al vernos metidos en uno de los trances más graves por que ha pasado España quieren reacciones medulares, instintivas y no cerebrales, reflexivas, y al no poder quitarlos los sesos para que no discurremos nos tapan la boca para que no proclamemos toda la verdad. Porque el valor de Don Juan Tenorio no es valor cívico, civil, valor de decir la verdad.

Don Juan Tenorio era aficionado a los toros, estamos seguros de ello. Como de que cuando desde la barrera presenciaba una suerte que le cosquilleaba de gusto el cuerpo exclamaba entusiasmado: "¡olé los hombres, así se hacen las cosas!" Que es hoy y aquí, en España, un texto ya célebre.

Y en tanto el pobre Don Quijote peleaba solo y pasando por loco. Y sin prever quiénes y para qué empresas tomarían un día su nombre. Porque se da el triste caso de que se llame quijotismo a lo que no es sino terrorismo. Pues para Don Quijote lo esencial era la finalidad universal y eterna de sus empresas; Don Quijote no era, como Don Juan, un deportista; Don Quijote no tomó la vida a juego. Esto, lo de tomar la vida a juego, es lo característico de Don Juan, del Burlador de Sevilla. Don Juan fué el Burlador y Don Quijote el Burlado. Aunque al fin y a la postre el que resulta burlado, y aun peor que burlado, es aquel Don Juan.

Era Don Juan, además, un factancioso y a las veces resultaba un Tartarín. Este, Tartarín, durante la gran guerra de las Naciones, huyó de Tarascón, y se vino acá y aquí le vimos, convertido en germanófilo, dedicado a comentar los trances de la campaña y a exclamar refiriéndose a los soldados de los dos kaisers: "¡qué tíos!" ¡Lo que gozó cuando lo de Caporetto y los comentarios sarcásticos que hizo a aquel revés de Italia! Y entretanto preparaba el de aquí.

Esta triste guerra, que ni es civil ni es nacional, no es más que una consecuencia de nuestra actitud durante la gran guerra de las naciones. Entonces, y bajo nuestra neutralidad a todo trance y costa, se incubó lo que ahora ha estallado. Y es lo vamos a explicar.